
PRIMERA
VEZ
CON MI VECINO
METT BRYAN

PRIMERA VEZ CON MI VECINO

METT BRYAN

Novela gay para adultos

©Todos los derechos reservados.
Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción, por lo que cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

ADVERTENCIA: este libro contiene situaciones y lenguaje adulto, además de escenas sexualmente explícitas que podrían ser consideradas ofensivas para algunos lectores. La venta de este libro es solo para adultos. Por favor, asegúrese de que no esté al alcance de menores.

Título: Primera vez con mi vecino

Serie: Novela gay para adultos

Copyright ©2024 –Mett Bryan

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Abro los ojos y me quedo inmóvil, en la cama, apenas cubierto por el nórdico.

Entonces su imagen viene otra vez a mi cabeza.

—Es cierto, no lo he soñado.

Normalmente, los sueños que recuerdo son confusos y suelen tener forma de pesadillas, no de besos.

—No puedo evitar pasar la punta de mis dedos por mis labios y tocarlos con suavidad, rememorando el recuerdo de sus cálidos y húmedos besos.

—¡Dios!

Nuestro primer encuentro ha sido increíble.

Y una duda me asalta de repente.

¿Me he enamorado?

Ya no importa, lo único que importa ahora es cómo me siento.

Cierro los ojos de nuevo y ahí está su imagen.

Capítulo 1

ERIC

He sentido verdadero alivio al ver a mis padres partir de vacaciones. No, no me considero un mal hijo, pero entiéndeme, ya no soy un niño y también tengo mis necesidades. Estoy en mi primer año de carrera, he elegido derecho, tal y como me ha indicado mi padre.

No es algo que me ilusione demasiado, pero no he querido decepcionarlo.

A mí lo que me gusta es la fotografía, me gustaría ser fotógrafo de una de esas publicaciones que envían a sus reporteros por el mundo para capturar instantáneas impresionantes, que luego aparecen en prensa, causando la admiración de todo el que las ve.

Sé que son solo sueños, y que al final seré otro picapleitos más, pero por ahora es lo que hay. Cuando gane mi propio dinero, ya veremos.

Ahora que estoy solo, me siento con una tranquilidad que pocas veces encuentro en esta casa y enciendo mi ordenador. Por fin puedo ver esa página que encontré el otro día por pura casualidad.

No voy a mentirte, tuve que levantarme y cerrar con llave la puerta de mi dormitorio. Al abrir la web, lo primero que apareció en la pantalla fue la imagen de dos chicos follando.

Uno estaba echado en la cama y el otro sentado encima, de espaldas a él, por lo que se veía perfectamente cómo el de abajo lo empalaba con su miembro. Me fascinó su cara de gusto al moverse sobre la verga de su compañero que salía una y otra vez de su agujero dilatado.

Su piel era negra igual que la mía y recordar esa imagen hace que me ponga duro al instante, incluso antes de que mi viejo portátil se haya iniciado.

Recuerdo la piel del chico sudorosa y sus mejillas arrebatadas. Al ver la expresión de su boca, abierta, me dieron ganas de meterle todo mi carajo para que lo chupara. Aunque sin duda lo que más loco me volvió fue su propia polla danzando erecta con cada arremetida.

En este momento he obviado la parte del video en el que los dos entran al apartamento, se comen la boca agarrándose a los pantalones del otro. Y lo he iniciado justo por ese punto en el que esa polla dura y nudosa se mueve hacia arriba y hacia abajo, incitándome a coger la mía y masturbarme.

A pesar de que estoy concentrado en la escena tan caliente que aparece en la pantalla de mi ordenador, unos ruidos que provienen de fuera de la casa llaman mi atención.

Hace unos días decidí poner mi portátil frente a la ventana de mi dormitorio para no tener que abusar de la luz artificial. Estoy parapetado por la mesa de mi ordenador y la pantalla, por lo que nadie del exterior puede verme, pero yo sí veo la casa de al lado que lleva bastante tiempo vacía.

Y hoy hay movimiento en ella.

Sin dejar de menear mi miembro que se encuentra durísimo y con el glande enrojecido, me fijo en que un hombre con barba y complexión fuerte saca varias cajas del maletero de un coche...

Imagino que dirás que esa escena no tiene nada de especial, pero no sé si recuerdas que tengo mi polla en la mano y estoy a punto de correrme.

Ver a ese nuevo vecino en pantalones vaqueros ajustados y, con una camiseta de manga corta que se adapta a su fibroso cuerpo, cargando cajas y exhibiendo sus fuertes músculos a pesar de la baja temperatura, es todo un espectáculo para mí.

Agarro mi escroto con firmeza y noto mis bolas duras. El fuste de mi miembro tira y yo lo muevo hacia arriba y hacia abajo con más fuerza mientras me recreo en sus hombros anchos y en su espalda fuerte. En los bíceps trabajados a golpe de gimnasio y en ese culo que el pantalón vaquero ajustado me ofrece.

De pronto, una urgencia poderosa me invade.

Mi aliento está agitado y, por un instante, mi vista vuelve a la pantalla, ante el sonido de los gemidos y jadeos de los chicos del video, que se está reproduciendo en bucle.

Yo también gimo cuando noto que voy a correrme y lo hago justo cuando él se levanta y por fin puedo ver su rostro con claridad. Es un tío guapo, de esos de anuncio y tiene un cuerpo de atleta. Me da por pensar en el contraste de su piel blanca con la mía oscura y me excito más de lo que creía.

Mi mano sube y baja por mi erección, olvidándome de todo, excepto de su imagen. Cuando siento en mis entrañas el fuego me dejo ir, al hacerlo, mi polla escupe un caño abundante de leche espesa y pegajosa que cae sobre mi estómago.

Alterno la mirada entre la visión de mi propia verga corriéndose y el vecino que sigue descargando su coche abajo.

¡Dios!

Esa imagen se va a quedar para siempre asociada a una de las mejores corridas que he tenido en mi vida.

Capítulo 2

ERIC

Después de la euforia que sentí el primer día que me quedé solo en casa, he pasado a un estado de total hastío.

En realidad, estoy aburrido. No te diré que añoro las riñas hogareñas de mis padres, ni el canal de deportes sintonizado las veinticuatro horas en el televisor, pero sí, los echo en falta.

Aunque mamá me ha dejado suficiente comida en el congelador para mantener a medio pueblo, decido ir a la tienda a comprar pan para hacerme un bocadillo de esos de tres pisos que tanto me gustan.

El dueño de la pequeña tienda está colocando mercancía nueva en los estantes y hablando con un señor que vive cerca de mi casa.

Ni se dan cuenta de que acabo de entrar, por lo que sin pretenderlo escucho su conversación mientras me dirijo a la zona donde se encuentra la estantería del pan.

—Es indecoroso, no se puede permitir algo así en nuestro vecindario —dice el señor bastante alterado moviendo las manos a la vez que habla.

El tendero solo asiente ante sus palabras y sigue con su trabajo.

—¿No me has oído, Joseph? ¡Estaba desnudo! Se bañaba en la playa totalmente desnudo, tal y como su madre lo trajo al mundo.

El hombre deja un momento lo que está haciendo y lo mira con cara de circunstancia, encogiéndose de hombros.

—Yo nunca me he bañado desnudo en el mar.

—Lo sé, ni tú ni nadie de los que vivimos aquí, y menos en invierno. Por eso digo que ese comportamiento es inaceptable. Aquí viven familias, niños pequeños y jóvenes —dice percatándose por primera vez de mi presencia y con un tono de voz que parece realmente el de una persona afectada—. ¿Qué ejemplo vamos a darles?

El hombre asiente y continúa con su trabajo.

Yo me acerco y me pongo delante de la caja para que me cobre el pan. Al salir del establecimiento no puedo dejar de pensar en las palabras del vecino.

Desnudo.

El nuevo vecino se baña desnudo en la playa.

No sé qué sentirías tú, pero yo, al saber que mi nuevo vecino, al que no me puedo quitar de la cabeza, se baña desnudo en el mar, lo que siento es curiosidad.

A pesar de que en este momento me dirijo a casa a prepararme el almuerzo, no dejo de pensar en que más tarde me voy a dar un paseo por la playa.

Sí, al atardecer, a esa hora en que el sol está cayendo y apenas hay nadie.

Capítulo 3

ERIC

Después de comer me quedé dormido.

No pude evitarlo, me hice un bocadillo. Regado con una buena cerveza, me supo a gloria y una sensación de saciedad se apoderó de mí, haciéndome caer en los brazos de Morfeo.

Me he despertado atolondrado. Los párpados me pesan y noto por la tenue luz que hay en la habitación que el sol está cayendo.

De pronto, recuerdo mi intención de ir a explorar a la playa. Tú dirás, vaya mierda de explorador, pero no me digas que no irías si supieras que tienes una sola posibilidad de encontrarte desnudo a un espécimen de macho como el que yo tengo de vecino.

Me pongo una sudadera con gorro porque cerca del mar, el aire suele ser más fresco y doy un paseo. No voy a decir que mi paso es tranquilo porque mentiría. Yo mismo me sorprendo ante la idea que me impulsa.

Normalmente, soy tranquilo y no me dejo llevar por cualquier cosa.

Como te dije antes, a esta hora no hay mucha gente. Tan solo veo a un par de personas caminando junto a un perro. A medida que avanzo por la pasarela de madera que me lleva a la orilla, examino el horizonte en busca de alguna señal de que hay alguien en el agua.

Y entonces, veo el contorno de unos brazos y una cabeza de un nadador bastante experimentado que emergen alternativamente. Las aguas no son tranquilas y, sin embargo, él combate las olas y sigue adelante hasta llegar a la orilla.

Cuando la alcanza, se incorpora y puedo constatar por mí mismo las palabras de mi vecino.

Está desnudo.

Sin percatarse de mi presencia, se dirige hacia un montón de ropa que previamente ha dejado sobre la arena y comienza a secarse de forma vigorosa con una toalla de color crudo.

Me siento junto a una duna y finjo contemplar el mar para no parecer un mirón.

Lo cierto, es que no puedo apartar mis ojos de su cuerpo, me gusta mirar su piel enrojecida por el agua fría. Aprecio que está mucho más bien dotado de lo que yo había imaginado. Contrariado, pero vencido por el calor que comienzo a sentir en mi entrepierna, decido pegarme a la pared de una duna para no perderme el espectáculo.

Al minuto siguiente, sé que he tomado la decisión adecuada.

Me excito cuando lo veo pasar la toalla por sus fuertes pectorales cubiertos de vello moreno. A continuación se frota las nalgas para imprimirles calor con el roce de la toalla y yo desearía que fueran mis manos las que las recorrieran pellizcándolas y palmeándolas.

El punto culminante llega en el momento en el que se seca el escroto, porque me doy cuenta de lo que me gustaría meter esas dos bolas en mi boca, chuparlas y lamerlas revisando con mi lengua cada milímetro de la piel de esos duros guijarros que albergan en su interior.

Ni siquiera, la brisa fresca hace que se me pase el ardor que me hierve por dentro.

Mi vecino se coge el rabo, que a pesar de la baja temperatura oscila sobre sus muslos y le da un par de sacudidas dejando la cabeza fuera y luego enfundándola con el prepucio de nuevo.

Me sorprendo porque está totalmente desinhibido, no parece importarle que lo vean.

Es una fantasía maravillosa pensar en él moviéndose la polla para mí, sacudiéndosela y convulsionándose de placer al correrse de gusto en mi cara.

Soy incapaz de apartar la mirada de esa verga y sigo mimetizado con la arena sin poder moverme de mi improvisado escondite mientras él continúa vistiéndose.

Cuando ya está vestido, se da la vuelta y mira hacia el mar. Está así varios minutos y es el momento en el que yo decido dejar mi escondite y caminar hacia la orilla como tenía pensado antes de encontrármelo.

A medida que me acerco a él, me doy cuenta de que es bastante más alto y musculoso de lo que yo había percibido desde mi ventana. Apenas faltan un par de metros para que nos encontremos y oigo su voz grave que me saluda.

—Hola, ¿vives por aquí?

No tengo más remedio que pararme y mirarlo a la cara, haciendo un tremendo esfuerzo por evitar mirar su paquete.

—Sí. Aquí cerca.

—Yo acabo de mudarme.

—Entonces, ya nos veremos —le contesto con una sonrisa más forzada de lo que pretendo.

—¿Vienes muy a menudo?

Sus ojos son claros y noto un estremecimiento que recorre mi columna ante su mirada.

—Casi a diario —miento pensando si se mostraría tan amable conmigo, si supiera el verdadero motivo por el que he venido.

—Ya nos veremos —dice con una media sonrisa que me parece irresistible.

Sigo mi camino y lo saludo con la mano a modo de despedida.

Me urge llegar a casa, hay escenas muy calientes en mi mente que tengo que traer a la realidad aunque sea en solitario.

RON

He salido a nadar. Desde que he llegado no he tenido tiempo de hacerlo debido a lo ocupado que he estado con la mudanza.

Precisamente me he cambiado a este pueblo huyendo de la vorágine que es la ciudad y buscando el mar.

Mi cuerpo se libera en contacto con el sol y el aire. Sin embargo, hoy la sensación que he tenido ha sido diferente. Mientras salía del agua he visto a lo lejos una figura que entraba a la playa por la pasarela de madera. Me he sorprendido al ver que se trataba de mi vecino.

Él ni siquiera se ha dado cuenta de que ya lo vi la primera vez que me observaba, aun en la distancia pude notar sus ojos fijos sobre mí. Cómo su mirada intensa se clavaba en cada porción

de mi cuerpo.

¿Acaso nunca te he pasado a ti?

¿Nunca has sentido que alguien te está mirando de manera intensa a pesar de que no lograbas verle?

Mi cuerpo ha salido vivificado tras el empate con las olas y la fuerza de agua.

Me dirijo hacia la orilla adonde he dejado el montón de ropa que usaba para secarme con mi toalla. En ese momento miró hacia la duna y me percato de que es él, el vecino de la casa de al lado.

A sabiendas de que me está mirando me tomo más tiempo del que suelo tomarme en frotar mi cuerpo con la toalla.

Comienzo mi pequeña exhibición secándome primero los pectorales de forma vigorosa, dejó caer la toalla de forma casual y me seco las nalgas con intensidad provocándolo adrede con el roce de la toalla sobre mi piel. Mientras tanto me doy cuenta con satisfacción de que el chico disimula y hace como que está mirando hacia la playa, como si no estuviera mirándome a mí.

Para tratar de satisfacer su curiosidad, seco mi escroto levantando la bolsa y el punto culminante llega en el instante en el que se me ocurre darle un par de sacudidas a mi polla y dejar la cabeza al aire durante unos segundos. Es vivificante sentir la brisa fresca en esa zona del cuerpo que normalmente llevamos tapada.

No siento ningún pudor al tener mis atributos al aire y compartir mi intimidad. Puedo constatar con una secreta satisfacción que él ni siquiera es capaz de apartar la vista de mi cuerpo.

Un enorme deseo me invade entonces: también deseo ver su cuerpo desnudo.

Satisfecho por mi pequeña sección de exhibicionismo me agacho, cojo la ropa y me la coloco con tranquilidad. Cuando ya estoy vestido, me doy la vuelta y como si nada me pongo a mirar el mar.

Capítulo 4

ERIC

Por fin he llegado a casa.

Suerte que no hay nadie. Estoy seguro de que si estuvieran mis padres se darían cuenta por mi expresión de que algo me sucede nada más verme.

En cuanto cierro la puerta para subir a mi cuarto.

No sé si a ti te pasa, pero eso de masturbarme es algo tan íntimo que necesito hacerlo en un lugar en el que me sienta seguro. Aunque tengo que confesarte que hace un rato, en la playa, me hubiera sacado la polla de los pantalones y me hubiera pajeado mirando a mi vecino mientras se secaba.

Ahora es mi momento y hago lo que no pude hacer antes.

Entro en mi habitación, bajo mis pantalones hasta las rodillas y agarro mi verga que está dura desde hace un rato. Casi me duele, pero es un dolor gustoso que me hace sentir vivo al recordar el motivo de mi excitación.

En mi imaginación veo a mi vecino desnudo sobre la arena y me acerco a él. Me da la toalla para que sea yo quien seque su cuerpo. Lo toco por primera vez y siento lo fibrosa que es su espalda, sus bíceps, meto la punta de mis dedos entre el ensortijado vello de su pecho.

Sigo un poco más abajo, guiándome por la línea que me lleva desde el pecho hasta su vientre y allí me recreo en su perfecto paquete de abdominales que toco despacio, ascendiendo hasta su pubis con parsimonia. Su polla está semierecta y su tamaño ya es considerable.

Me gusta mirar su sexo. Sus huevos están apretados y, antes de pasar la toalla por ellos para secarlos, paso la punta de mis dedos y los cojo con ganas tirando de ellos.

Él deja escapar un gruñido y me come la boca a la vez que se agarra a mi polla que pugna por salir de mis pantalones.

En la realidad, todas estas imágenes con las que fantaseo hacen que mi miembro esté a punto de correrse. Justo cuando voy a hacerlo, mi mirada se desliza hacia la ventana y veo que el objeto de mi deseo, mi vecino, llega a su casa desde la playa.

Me corro al verlo, lanzando un gran chorro de leche espesa y caliente hacia la cortina de mi dormitorio.

Como si me hubiera presentido, él mira hacia arriba y no me ve, porque me agacho.

Sé que en mi habitación estoy a salvo, pero es la segunda vez que me corro pensando en él y temo que cuando volvamos a vernos note lo mucho que me gusta.

Capítulo 5

ERIC

Anoche apenas dormí. No podía conciliar el sueño. Mi mente no paraba de repasar cada detalle de lo que había visto en la playa.

Estoy obsesionado con mi vecino.

No puedo parar de pensar en él.

Esta mañana he decidido salir de casa. No soporto estar encerrado. A quien quiero engañar, mis pasos vuelven a dirigirse hacia la playa por si lo encuentro allí. Necesito verlo de nuevo.

El día está despejado y la temperatura es suave para esta época del año. Encuentro a varias personas paseando. Al pasar por el lado de una pareja que creo que es la misma que vi ayer, su perro me olfatea las piernas y sigue adelante levantando la fina arena a su paso en busca de un palo que le han lanzado sus dueños.

Mi vecino no está.

Camino un rato para despejar mi mente, desde niño me ha tranquilizado mirar el mar. Es como si la visión del agua, yendo y viniendo hacia la orilla como una prolongación del cielo, me calmara por dentro.

Algo más relajado, pero igual de frustrado que cuando decidí caminar, vuelvo a recorrer la pasarela de madera en sentido contrario y me voy a casa.

Al llegar a la esquina de la calle, lo veo.

Está agachado arreglando una rueda de su coche. No puedo evitar fijarme en su trasero y vuelvo a notar esa punzada que me recorre las entrañas cuando pienso en él o lo tengo cerca como ahora.

Intento pasar desapercibido y aprovecho que está de espaldas para seguir mi camino.

Sin embargo, es él el que reclama mi atención.

—Hola, vecino. ¿Cuál es tu nombre? Ni siquiera nos hemos presentado.

Me paro en seco al oír su voz y me vuelvo.

—Eric —respondo bastante cortado.

—El mío es Ron. ¿Podrías pasarme esa llave?

Miro sus ojos que me atraen como un imán y sé que estoy perdido. Porque no solo le daría la llave que me pide.

Me agacho y cojo la herramienta. Al dársela, nuestras manos se rozan y siento cómo se erizan los vellos de todo mi cuerpo. Él me mira como si también lo hubiera notado, y durante unos segundos los dos nos observamos en silencio.

Es él quien rompe el momento al tomar la llave y dirigirla hacia la rueda.

—Gracias.

Intuyendo que ya no me necesita, decido marcharme para no molestarlo.

No he dado ni dos pasos cuando su voz vuelve a reclamarme.

—Eric, perdona que sea pesado, ¿podrías ir a la parte trasera de mi casa y traerme otra llave más grande que esta?

Asiento y me dirijo al interior de su casa. Lo primero que percibo es un olor a gel de baño y a perfume que me atrae sin remedio al comprender que estoy en su hogar y ese es su aroma.

La distribución de la casa es la misma que la de mis padres, así que recorro el largo pasillo que atraviesa la vivienda y me dirijo hacia el patio interior, sí, ese patio en el que puedo verlo desde mi habitación.

En el suelo de cemento hay una maleta con herramientas y varias de ellas están esparcidas por el suelo, por lo que no me cuesta encontrar la que me ha pedido.

Al salir miro las escaleras y siento impulsos de subir porque sé que en la parte superior está su dormitorio. Me gustaría ver el lugar donde duerme, pero no subo. No quiero ser maleducado y además soy consciente de que debo respetar su intimidad.

Vuelvo a la calle y él sigue en la misma posición incómoda.

—Ah, veo que la has encontrado. Temía que no lo hicieras, a veces soy un poco desordenado.

—Estaba bien visible.

En este momento me debato entre marcharme de nuevo y esperarme. ¿Sabes qué opción ha ganado, verdad?

Me pego a la pared de la casa y lo miro mientras él finaliza su trabajo. Es un espectáculo ver ese cuerpo tan bien formado moviendo cada uno de sus músculos.

Él se da cuenta de que estoy allí, sin embargo, no dice nada. Sigue concentrado en su labor y no para hasta que la termina.

Entonces hace algo que me sorprende. Se levanta, y me mira. Mientras tanto pasa un trapo por sus manos para limpiárselas.

—¿Te gustaría comer algo?

No me había dado cuenta hasta ahora de que tengo hambre. Llevo toda la mañana fuera y no es que haya desayunado demasiado.

—Estaría bien.

Él me dedica una sonrisa de aprobación.

—Es lo menos que puedo hacer para recompensarte por tu ayuda.

RON

Algunas veces viene bien recibir visitas y comer acompañado. Al tener tan cerca a Eric puedo recrearme en su persona con total impunidad, ya que en apariencia mi única pretensión es mantener una conversación con él.

Siempre he mirado a la gente de forma directa al hablar. Nunca he sentido pudor al observar a alguien de frente.

No tengo perjuicios. No me importa el color de su piel, eso es algo que nunca me ha importado. Al mirarlo, simplemente veo a un chico atractivo junto a mí.

En cierto modo me ha sorprendido lo fácil que ha sido entablar conversación con mi vecino. Eric me ha contado entre otras cosas, que sus padres se han ido de vacaciones y que lleva varios días solo.

Ahora entiendo sus idas y venidas a la playa y todo el tiempo que pasa en su habitación con el ordenador. En cierto modo, llego a comprender que quizás esa sea su manera de matar el aburrimiento.

Nunca pensé que un chico tan joven tuviera una conversación tan amena. La tarde se nos va volando mientras hablamos de nuestras cosas sin percatarnos de que está comenzando a oscurecer.

—Puedes quedarte —le digo en un arrebato, casi sin pensar las consecuencias que podría acarrear el que él aceptara. —Arriba hay una cama libre en el cuarto de invitados.

Al oír mi propuesta parece dudar.

No quiero forzarlo simplemente le he hecho el ofrecimiento para ver hasta dónde está dispuesto a llegar o si está preparado.

Él se limita a rehusar mi invitación y yo lo comprendo, aún es pronto.

Capítulo 6

ERIC

Esta noche no he dormido bien, me he sentido intranquilo, he estado dando vueltas en la cama y no he parado de pensar en él.

¿Sabes a quién me refiero, verdad?

Sí, eso es. Lo has acertado. El causante de mi desvelo no es otro que mi vecino.

De alguna manera, siento un poco de remordimiento por no haberme quedado anoche en su casa. Para remediarlo de la mejor forma posible, por la mañana aparezco en su casa a primera hora. Llevo una hogaza de pan caliente que han horneado en el obrador cercano a la playa.

Creo que desayunar juntos es algo natural. No sé cómo explicarlo, pero tras la charla que mantuvimos ayer, es como si ya fuésemos viejos conocidos.

Mientras observo cómo Ron unta con mantequilla una gruesa rebanada de pan, no puedo evitar hacerle una pregunta íntima.

En el mismo instante en el que las palabras salen de mis labios, pienso que quizás me estoy metiendo en algo en lo que no me llaman, sin embargo; ya es tarde.

—¿Vives solo?

Ron me mira con esos impresionantes ojos claros que tiene, y ante el efecto de su mirada lamento haber hecho la pregunta.

Casi me parece percibir un poco de melancolía en ellos, pero aun así me contesta. Para hacerlo, coloca una de sus manos en la mía y de inmediato siento un intenso calor que me recorre todo el cuerpo.

—Sí, es mejor así —me contesta—. Algunas veces es complicado, pero es lo mejor.

No llego a entender por qué me dice eso, aunque no vuelvo a preguntarle, ni tampoco le pido más explicaciones porque no quiero ahondar en sus heridas. Cada quien es libre de vivir su vida como quiera.

Noto la intensidad de su mirada escrutando mi rostro y cómo se fija en mis labios carnosos. Cuando comienza a hablar, me sorprende el tono ronco de su voz, y también el hecho de que me pregunte algo que me deja totalmente sorprendido.

—¿Alguna vez has besado a alguien?

Estoy como hipnotizado y no puedo apartar mi mirada de su rostro.

Yo también miro sus labios y noto cómo aparece la punta de su lengua entre sus dientes.

No soy capaz de responderle con palabras, por lo que solamente muevo la cabeza, asintiendo. Joder, si he besado a algunos chicos, hasta a alguna amiga para probar si me gustarían los besos de una mujer, pero nunca he besado a nadie como él.

Me mira y comprende, y de pronto, hace algo totalmente inesperado, que ni siquiera habría pensado que iba a suceder en mis mejores fantasías. Se levanta de la silla en la que está sentado. Se coloca frente a mí tomando mi cara entre sus manos y me besa.

El contacto es el de un beso suave y cálido al principio, para volverse algo más intenso y apasionado poco a poco.

Cuando se separa de mí y me mira a los ojos veo deseo en los suyos, además de una pregunta.

Lo único que puedo hacer es suspirar y quedarme totalmente quieto y en silencio, observándolo. Necesito grabar esta imagen en mi retina para recordarla durante todo lo que me resta de vida.

Cuando ya no aguanto más, y tengo miedo de hacer algo que no debo, me levanto de la silla y me marcho.

Capítulo 7

RON

Llevo todo el día pensando en lo que ha sucedido esta mañana, no puedo quitármelo de la cabeza.

Estoy sentado en mi sillón viendo un partido de fútbol en el que está jugando mi equipo favorito. A pesar de ello, no puedo concentrarme en la imagen porque mi mente vuelve una y otra vez hacia el momento en el que Eric rozó sus labios con los míos.

Ni siquiera el hecho de que los jugadores a los que sigo estén a punto de meter un gol aparta de mi mente este pensamiento.

Primero fue un impacto suave, no quise intimidarlo. No sé si te ha pasado alguna vez, pero era tanta la urgencia por sentir sus labios que ni podía contenerme, y a la vez, me frenaba el hacer lo correcto.

No obstante, lo que más me ha descolocado de todo este asunto, ha sido el final. Todavía no puedo creer que él se marchara de aquella manera.

Aunque lo comprendo.

Mi equipo ha ganado y decido ir a la cocina a por una cerveza fresca para celebrarlo. Quizás deba volver a mi rutina y no pensar tanto. Tener a ese chico de vecino me está afectando demasiado.

Me gusta tenerlo cerca, es algo que hace mucho tiempo que no me pasaba. Desear la proximidad de alguien, tocarlo de forma íntima. Cuando uno es una especie de nómada moderno, se acostumbra a vivir solo y a no encariñarse con nadie, pero este chico me gusta, no puedo evitarlo.

Abro la cerveza y le doy un buen trago. Su sabor amargo me reconforta trayéndome a la realidad. Entonces escucho un sonido en el patio trasero y aparto un poco la cortina para asomarme a la ventana de la cocina. No puedo creerlo, es Eric que acaba de saltar el muro que divide nuestras viviendas. Voy hacia la puerta que está abierta y lo veo frente a ella.

—¿Quieres algo?

Parece indeciso y mira hacia el muro como si quisiera volver a su casa. Toma aire y me mira con intensidad a la vez que se muerde el labio inferior. No dice nada, pero ese gesto me revela sus pensamientos.

Le doy tiempo y me quedo en el umbral de la puerta. Y ante nuestro duelo silencioso de miradas, por fin se decide a hablar, dando los pocos pasos que nos separan y poniéndose frente a mí.

—Sí. A ti.

ERIC

Después de lo sucedido esta mañana me sentía como un animal enjaulado en mi habitación. Mi mente no paraba de pensar en Ron y en el beso que nos dimos esta mañana.

Quizás mi reacción le pareciera una cobardía, pero no supe cómo reaccionar y pensé que lo mejor era marcharme. Sin embargo, durante el resto del día he estado arrepintiéndome de haberlo hecho.

¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar, si de buenas a primeras, el tío que te gusta te besa sin esperarlo?

Por eso, al atardecer no he aguantado más, sé que mis padres están a punto de volver y necesito saber si lo que siento es algo pasajero o va a más. He decidido ir hacia la casa de Ron para averiguarlo, aun a riesgo de que el vecino cotilla me vea saltando el muro.

La luz de la cocina está encendida y en cuanto salto a su patio él se asoma a la puerta que se encuentra abierta. Está imponente sin camiseta, dejando al descubierto ese torso velludo que tanto me pone. Lleva un pantalón bastante ajustado en el que noto su abultado paquete.

—¿Quieres algo? —me dice con una mirada expectante.

Tardo en contestarle, y él no parece tener prisa porque guarda silencio mientras le da un trago a la cerveza que tiene en la mano.

Lo que yo trago es saliva e intento recuperar la voz para decirle lo que he venido a buscar.

—Sí, a ti —le contesto acercándome a él.

Sus ojos parpadean con encanto y picardía al escuchar mis palabras y me voy directo a su boca para retomar por el principio lo que dejamos a medias esta mañana.

Esta vez nuestro beso no es suave y estoy tan excitado que apenas puedo respirar. Soy yo el que lo mira a los ojos y toma su cara entre mis manos, invadiendo su boca con premura y paladeando el sabor amargo de la cerveza.

Al separarnos, él me dirige una mirada de satisfacción y me dice:

—Pasa, dentro estaremos más cómodos.

Una vez que entramos a la cocina, cierra la puerta.

—¿Quieres tomar algo? —me dice soltando su cerveza en la mesa de la cocina.

Niego con la cabeza.

Sonríe con los ojos llenos de lujuria. Y vuelve a preguntarme.

—¿Entonces por qué has venido? Creía que esta mañana quedó clara tu postura.

Sé que ahora es el momento de explicarle lo que me ocurre y me lanzo en una carrera de palabras atropelladas.

—Desde el primer día que te vi no puedo dejar de pensar en ti. Incluso he tenido fantasías contigo —expreso un poco avergonzado.

—¿Conmigo? —me pregunta acercándose de nuevo a mí.

Lo siguiente que hace me llena de deseo porque agarra mi paquete y me susurra al oído.

—Yo también he fantaseado contigo. Ahora toma asiento y quítate los pantalones.

Me lleva tan solo unos pocos segundos quitarme la prenda y seguir sus instrucciones, liberando mi polla dura que rebota libremente sobre mi estómago dejando a la vista el prepucio que ya aparece echado hacia atrás.

Él se me acerca y me impone ver cómo un hombre de su tamaño se arrodilla ante mí y pasa sus manos por mis muslos.

Lo primero que hace es acariciar mis pelotas con su pulgar, provocándome un temblor de anticipación. Toma mi polla con la otra mano y la mueve hacia arriba y hacia abajo unas cuantas veces.

No puedo creer que me esté tocando y haciendo que mis fantasías se vuelvan realidad. Sigue moviéndome la verga, recreándose en la abertura del glande y abriéndola deliberadamente con cada movimiento; en la punta aparece líquido preseminal. Lleva hacia allí uno de sus dedos y lo prueba.

—Me encanta tu sabor —dice relamiéndose.

Ante su contacto me retuerzo de placer dejando escapar un grito ahogado.

Lleva su mano debajo de mi camiseta y recorre mi estómago dirigiéndose hacia mi pecho y pellizca uno de mis pezones y luego el otro.

Me encuentro totalmente excitado y la polla me va a explotar. Siento las pelotas apretadas, y en el momento en que él roza su lengua con la parte superior, ahogo un suspiro, que se vuelve un gruñido. Él aprovecha mi reacción para envolver mi miembro con sus labios.

Echo la cabeza hacia atrás, abandonándome al placer que invade mi cuerpo cuando Ron desliza mi polla en su boca y noto que llega hasta su garganta, haciéndome gemir de placer.

La cadencia de su movimiento me vuelve loco y el placer que me hace sentir es tan explosivo que siento que el orgasmo es inminente.

—Ron, voy a correrme.

Ante mis palabras, acelera su ritmo.

El sonido que hace su boca cuando se desliza por mi polla me descontrola y comienzo a temblar dejándome ir. Exploto de placer y vacío todo mi semen en su garganta.

Me vuelve loco verlo chuparme el miembro tras mi espesa corrida, y ver cómo se traga cada gota relamiéndose los labios.

Se pone de pie y al hacerlo me fijo en la imponente erección que casi traspasa sus pantalones; inmediatamente él se lleva la mano a esa zona y agarra su paquete.

—A este también le gustaría que le hicieran algo. ¿Qué te apetece?

Estoy ansioso por probarlo y se lo digo. Ya que he vencido todas mis dudas, no voy a marcharme sin ver este cuerpo que me ha provocado tantas fantasías durante estos últimos días.

—Quiero probarte. Sueño con esa polla.

Él suelta una carcajada.

—Ven, vamos al dormitorio. Allí estaremos más cómodos.

Lo sigo desnudo de cintura para abajo mientras sube la escalera y me recreo en su culo, él parece adivinarlo y se vuelve mirando mi polla con descaro.

Entro por primera vez en su habitación y en lo primero que me fijo es en la gran cama que está justo en el centro y en un espejo enorme que ocupa todo el exterior del armario.

Ahora es él el que se quita los pantalones y se queda desnudo. Tiene un carajo enorme que al liberarlo golpea con una bofetada su estómago.

Se sienta en la cama y me lo ofrece, liberando su cabeza y dejando a la vista el glande enrojecido.

—Todo tuyo.

Capítulo 8

ERIC

Noto la boca seca al mirar la enorme polla que tengo delante. La recorro con una mirada lujuriosa y observo que se curva ligeramente hacia abajo y se ensancha según avanza hacia el glande. La cabeza es gorda y me excito al ver cómo brilla el líquido preseminal en su apertura.

Trago saliva estimulado por la visión de la verga tan sabrosa que voy a comerme y me pongo de rodillas.

Ron observa cada uno de mis movimientos sin quitarme la vista de encima y me muestra una mirada lasciva.

Mamársela es algo que llevo pensando desde que lo vi la primera vez por la ventana de mi habitación. Con cada succión que le ofrezco a su miembro, el mío crece estimulado por el sabor y la textura que está degustando.

Me la meto a fondo en la boca a la vez que masturbo su base. A continuación la saco para respirar. La huelo impregnándome de su olor que me embriaga, le escupo y vuelvo a engullirla. La reacción de Ron no se hace esperar, un gruñido de placer se escapa de sus labios y me agarra del pelo para apretar mi boca contra su carajo e imprimir un ritmo más rápido a mis movimientos.

Le agarro los huevos porque me pone a mil sentir que tengo el control, y Ron sucumbe y se echa hacia atrás para quedar aún más expuesto. Abre las piernas mostrándome su agujero, pero por ahora solo me centro en su polla y su escroto.

Chupo sin contemplaciones, como si quisiera sacarle hasta la última gota de leche en esta mamada. Levanto la vista y lo miro a los ojos. Está entregado al momento, arrasado por el placer que le estoy proporcionando.

Cuando siento su polla convulsionarse, noto el caño de lefa cálida y fluida llenándome la boca. Me embriago al saborearla y trago hasta la última gota, limpiándome un poco de fluido que cae por mi comisura y relamiéndome con la lengua.

Me dejo caer al lado de Ron, que toma mi cara entre sus manos y me besa probando su propio sabor en mi boca.

—Hace siglos que no me corría así.

Sonrió con malicia. Y entonces me hace una pregunta que me desconcierta.

—¿Estás preparado para seguir?

Sus palabras me pillan con la guardia bajada. Es cierto que lo deseo, pero nunca he ido más allá de lo que acabamos de hacer. De hecho, jamás había estado con nadie en la intimidad de su dormitorio. Mis escasas experiencias se basan en tocamientos furtivos en la playa o en algún coche.

Al comprender lo que me sucede, me atrae hacia su pecho y se muestra comprensivo.

—Comprendo. Cuando estés preparado seguiremos —dice haciendo una pausa.

Me aparta un poco y me mira a los ojos.

—Si me eliges a mí, claro.

Ahora soy yo quien no puedo apartar la mirada de él.

—Quiero que seas tú.

Un gruñido de satisfacción es toda su respuesta.

Me besa con pasión renovada y después me abraza. Los dos nos quedamos aletargados en la penumbra de la habitación.

Despierto y ya ha anochecido. Ron está dormido, decido dejarlo descansar porque su cara relajada me dice que tiene un sueño plácido.

Voy a mi casa para ducharme y, mientras lo hago, rememoro cada instante de lo que hemos hecho hace un rato y mi polla ha crecido solo con pensarlo. No puedo creer que Ron y yo hayamos compartido unos momentos tan íntimos, llevaba deseándolo desde el día que lo vi.

Apenas me he metido en la cama, escucho ruido en el piso inferior de la casa y por un momento creo que es Ron, pero al oír el rodar de unas ruedas me doy cuenta de que no.

No es él, son mis padres que han vuelto.

Me atraviesa una punzada de culpa, por lo que ha sucedido hace apenas unas horas en la casa del vecino, pero no es algo que quiera cambiar, así que, desde ahora, tendré que tener más cuidado. No sé si haré más incursiones a la casa de al lado, pero si las hago debo ser precavido.

Escucho pasos cerca de la habitación y noto que alguien empuja la puerta que se encuentra abierta. Es mi madre que no se aguanta sin verme. Me hago el dormido y espero que se marche. Aunque no es así, ella entra en mi cuarto, me da un beso en la frente como cuando era pequeño y se marcha sin hacer ruido.

Ahora que soy mayor, a pesar de sus cuidados no puedo dormirme, necesito algo más, y sé que lo que necesito se encuentra en la casa de al lado.

RON

Todo está oscuro y me despierto bastante desconcertado. Paso la mano por la cama para buscar a Eric, pero no está. Debe de haberse marchado hace un rato porque su lado de la cama está helado. Sonrió ante la imagen que pasa por mi mente; hace un rato las sábanas ardían.

Me vuelvo y huelo la almohada para aspirar su olor.

Suerte que con los años he adquirido una buena dosis de paciencia, porque en otro tiempo, si llego a saber que aún era virgen, me hubiera costado mucho más controlarme.

Ahora solo puedo esperar a que él se decida.

Nada me gustaría más que hacerlo mío, pero eso es él, quien debe decidirlo.

No puedo dormir y me quedo un rato echado en la cama mirando la porción de firmamento que se ve desde mi ventana. De pronto, un ruido familiar me alerta. Hay alguien en el patio. Al oírlo, una punzada de excitación atraviesa mi cuerpo.

No, no puede ser.

¿Será el que ha vuelto?

Cuando oigo abrirse la puerta de la cocina, no tengo dudas. Unos pasos amortiguados suben la escalera. Me mantengo alerta por si estuviera equivocado, y en vez de mi vecino, el que va a aparecer en mi dormitorio es un ladrón.

Pero no, es Eric.

Al verlo suspiro aliviado y me incorporo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto complacido por su visita.

—No podía dormir —responde acercándose a mi cama.

—Ven aquí, anda.

Sonríe al oírme, aunque al instante veo una sombra de duda en su mirada.

—¿Ocurre algo?

—Mis padres han vuelto y no los esperaba tan pronto —me dice sin demasiada alegría.

Le cojo una mano entre las mías para que sepa que puede contar conmigo.

—Entonces no deberías estar aquí.

—Quiero estar aquí —me dice convencido.

Ahora es él el que busca mi boca con desesperación y parece que no nos hallamos separado hace tan solo unas horas, es como si nuestro encuentro de antes se hubiera reavivado.

A pesar de mi excitación, debo recordar que soy alguien responsable y le advierto de lo que podría suceder si cualquiera nos encontrara.

—Eric, si tus padres te vieran conmigo, ¿qué sucedería?

Él me mira contrariado. Sé que no debería haberle hecho esa pregunta, pero quiero que entre él y yo las cosas queden claras desde el principio.

—Ellos no saben que me gustan los hombres. Nunca se lo he dicho.

—¿Entonces?

—Soy mayor de edad y estoy aquí por propia voluntad. Al recibirme, no estás cometiendo ningún delito.

—Lo sé, no es eso a lo que me refiero.

—¿A qué, entonces?

—A que si tú y yo hacemos ahora lo que has venido a buscar, esto no tendrá retorno. Nos vamos a encontrar más veces y al final se van a enterar.

Respira hondo y me responde decidido.

—No me avergüenzo de lo que siento. Ya encontraré la manera de decírselo.

Esa respuesta me sirve por el momento. Ante su mirada contrariada, vuelvo a cogerle la mano

y la llevo hasta mi boca, besándole cada dedo y subiendo por el dorso hasta el antebrazo.

Responde a mis caricias al instante y se inclina para besarme el cuello. Lo que comienza siendo una serie de suaves caricias y pequeños besos pasa en pocos minutos a un abrazo intenso.

Mi piel desnuda se muere por sentir de nuevo la suya y no tardo en quitarle la ropa.

Su polla palpita ante mis ojos y trago saliva mientras me acerco.

La tomo con la mano, notando su excitación, y saco la lengua para probar su glande que está hinchado. Abro la boca llenándolo de saliva y engullo su polla de nuevo, pero esta vez no me limito a ella. Esta vez mojo mis dedos en saliva y me dedico a acariciar con ellos su entrada para dilatarlo.

Eric abre más las piernas para recibirme.

Abro la mesita que está al lado de la cama y saco un frasco de lubricante y condones.

—Siempre hay que prevenir —le digo—, aunque yo hace siglos que no me acuesto con nadie.

—Yo tampoco —responde con una risa nerviosa.

Capítulo 9

ERIC

No puedo creer lo que está a punto de suceder entre nosotros. Mientras Ron se coloca el preservativo, miro hacia el espejo que me devuelve la imagen de un hombre musculoso con la polla dura como una roca. Acaba de echar su prepucio hacia atrás para colocarse el condón y al hacerlo coge su miembro con dos dedos, mostrándome toda su longitud y su glande enrojecido.

Me estremezco al sentir que estoy de nuevo en su habitación y al sentir que me mira con una sonrisa cachonda que me vuelve loco.

—¿Estás preparado, pequeño?

Ante sus palabras, me doy la vuelta apoyándome sobre mis codos y mis rodillas, separando mis piernas para mostrarle totalmente mi culo.

Él gruñe y roza con suavidad una de mis nalgas, apretando la otra un poco más fuerte. Me las acaricia y baja despacio desde la parte inferior de mi espalda hasta mis huevos, dejando adrede el agujero para el último momento.

Me hace cosquillas con las puntas de sus dedos. Abre mis nalgas y hace algo inesperado, cubre mi ano con sus labios y comienza a besar esa zona para comenzar poco a poco a explorarla con su lengua.

Me estremezco ante la sensación que sus lamidas producen en mí. Su lengua hace círculos en mi abertura y no puedo evitar jadear de gusto al sentir cómo se deleita una y otra vez con mi culo.

Sube su mano y comienza a tocarme con uno de sus dedos embadurnado de lubricante para penetrar poco a poco con él mi fruncido agujero. La otra mano la pasa por delante y se agarra a mi polla. Siento que mi cuerpo se abre de puro gusto, invitando a sus dedos a seguir penetrándome. Gimo un poco más fuerte.

—¿Te duele?

Niego con la cabeza a pesar de que me escuece, pero sus caricias hacen que quiera más de aquello.

—Confía en mí, no haré nada que no quieras.

Mi respuesta ha sido pegar más mi culo a sus dedos y a continuación tomar aire para permitir que mi culo se relaje. Y la suya continuar deslizando otro de sus dedos con lentitud dentro y fuera de mi cuerpo, haciendo que una urgencia comience a invadirme.

—Ron, hazlo ahora. Quiero más.

—¿Estás seguro?

—Sí, fóllame.

Al sacar sus dedos de mí siento una pequeña punzada de dolor; sin embargo, no tengo ninguna duda de que quiero su polla dentro.

Siento la punta de su glande tocándome y me estremezco. Él espera y noto que empuja lentamente hasta que hace que me sienta muy apretado. Mi cuerpo vuelve a tensarse porque

duele y comienzo a respirar fuerte.

Ron espera con paciencia que me deje llevar y, cuando nota que me relajo, comienza a empujar de nuevo hasta que por fin su polla se desliza dentro de mí.

Ahora me folla muy despacio, llenándome y haciendo que el dolor se torne placer. Miro al espejo y este me devuelve una imagen mil veces mejor que las que suelo ver en los videos porno a través de internet.

La polla de Ron entra y sale de mí y sus pelotas tocan mi culo en cada arremetida. Él está sudoroso y aferrado a mis nalgas y te juro que esa imagen es la más excitante que he visto en toda mi vida. Sentir su piel pegada a la mía y la manera en la que controla sus movimientos me hace perder la cabeza hasta el punto en que creo que voy a explotar de placer.

Mi polla se contrae y mi agujero se aprieta, y él aprovecha para embestirme. Noto que también está preparado porque un gruñido se escapa de su garganta. Me agarro fuerte a las sábanas para amortiguar sus arremetidas, él aprieta mis caderas con fuerza.

Sin poder aguantarlo por más tiempo, dejo que mi polla dispare un chorro de semen que va a dar en el cabecero de la cama. Su verga también comienza a temblar en mi interior, haciéndome estremecer. Los dos gritamos de placer al correrno.

Nuestras respiraciones se van ralentizando poco a poco tras el momento de placer tan intenso que hemos vivido y Ron me saca la polla despacio, haciendo que sienta un gran vacío. Nos limpiamos y nos quedamos envueltos en un cálido abrazo bajo el edredón.

RON

Hace dos días que no veo a Eric.

Estoy intranquilo, es como si me faltara algo. En muy poco tiempo este chico ha conseguido que me encariñe con él.

Desde nuestro encuentro de la otra noche hay algo que me preocupa, y es que ese buen vecino, que siempre está al acecho para enterarse de los cotilleos del barrio, lo vio salir de mi casa. Lo sé porque yo también me asomé a la ventana para verlo marchar.

Espero que por el bien del chico no diga nada, ahora que sus padres han vuelto es mejor que todo siga como antes.

Sumido en estos pensamientos, escucho que mis tripas rugen de hambre y voy hacia la nevera para prepararme algo para el desayuno. La abro para comprobar que está vacía.

Ni siquiera me he acordado de ir a hacer la compra. Aún estoy haciendo reformas en casa y no quiero distracciones, la única que me he permitido es acompañar a Eric cada vez que se ha acercado a verme.

Eric, mi dulce niño.

Cojo la última manzana del canasto de la fruta y, sin demorarlo más, me dirijo hacia el supermercado a hacer la dichosa compra. Siempre he creído que es una pérdida de tiempo pasar horas empujando un carrito en los pasillos de una tienda.

Menos mal que hay poca gente esta mañana, me debato entre coger una caja de cereales para el desayuno o una bolsa de avena y mi corazón casi se salta un latido al ver a una familia que aparece por el fondo del pasillo.

Es Eric con sus padres.

Si pudiera, me iría, pero va a resultar demasiado raro que desaparezca dejando aquí el carro con la compra medio lleno. Así que trago saliva y hago como que no los he visto.

El chico se da cuenta desde el primer momento de mi presencia y me percato de que no puede apartar la vista de mí.

—Buenos días —saludo por cortesía al pasar a su lado.

No me atrevo ni a sonreír para mostrarme cortés. Lo que no puedo obviar es el brillo ardiente de los ojos de Eric cuando estoy cerca de él. Me controlo y continuo con una expresión seria que desmiente lo que bulle en mi interior.

En este momento me lanzaría a sus brazos y le haría el amor aquí mismo.

Los tres responden al unísono y, como si fuera un gran actor de teatro, tan solo asiento levemente y sigo adelante por el pasillo que desemboca en la línea de caja, olvidándome de si al final he echado la avena o los cereales que había venido a buscar al carro.

Eso ya no importa, lo que importa ahora es que necesito marcharme de este lugar o acabaré volviéndome loco.

Capítulo 10

ERIC

La última persona que esperaba ver en el supermercado era a mi vecino.

Se me ha acelerado el corazón al verlo. Si no hubiera ido con mis padres me hubiera costado horrores no acercarme a él y besarlo. La sola visión de esa boca tan sugerente me vuelve loco de deseo al recordar las cosas que puede hacer con el contacto de esos labios y esa lengua en todo mi cuerpo.

Mamá estaba distraída mirando unas galletas para el desayuno y lo ha saludado sin fijarse apenas en él, pero mi padre, a pesar de que lo ha saludado de forma cortés, casi amable, ha hecho una mueca de disgusto al verlo pasar junto a nosotros.

—Es el nuevo vecino, dicen que es gay.

No ha pronunciado ni una palabra nada más, pero yo sé que ese tono de voz que ha utilizado es de intolerancia.

Quizás la presencia de Ron, un tipo tan grande, le impone, aunque eso no es motivo para cuestionarse nada sobre sus preferencias sexuales.

Me guardo mucho de alimentar sus comentarios, porque cuando lo he hecho en otras ocasiones, jamás he salido bien parado.

Al escucharlo, decido que no debería ir más a visitarlo, no quiero comprometerlo con mis visitas. Ron es un buen hombre que no se mete con nadie y no deseo poner al vecindario en su contra con mis incursiones a su vivienda.

Todos mis buenos propósitos de esta mañana se van al traste cuando por la tarde lo veo asomado a la ventana de su dormitorio. Él se percata de mi presencia y me guiña.

En ese momento decido que tengo que ir a su casa; no puedo contener mis ansias de besarlo.

Entro en a la cocina de Ron, ya que la puerta se halla abierta como siempre y lo veo dentro esperándome. No, nos ve nadie y nos abrazamos con libertad, dándonos un beso de vértigo en el que nos comemos con ansia.

Al terminar, él me coge la barbilla con una de sus manos y me mira a los ojos haciendo que me pierda en sus pupilas.

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti. Esta mañana casi no he podido contenerme al verte en el súper.

—Lo sé, a mí me sucedió lo mismo.

Ron me observa y acaricia mi barbilla.

—Deberías marcharte —dice al fin con una voz cálida y ronca.

—Ya sé que no debería haber venido, pero al verte en la ventana me asaltaron unas ganas enormes de besarte.

—Las mismas que a mí —contesta, volviendo a devorar mi boca con más ansias que antes.

Esta vez cuando se separa de mí me da una palmada en el culo.

—Vete, no quiero que te metas en líos por mi culpa.

Lo abrazo de nuevo y tras ello salgo de nuevo al exterior, dispuesto a saltar el odioso muro que nos separa. Al regresar a mi propiedad, me da por mirar a mi alrededor. Es entonces cuando veo la cortina de la casa del otro lado moverse. No sé si habrá sido la brisa o el dueño de la vivienda que siempre está espiando, pero un intenso escalofrío ha recorrido mi cuerpo.

Capítulo 11

ERIC

Esta noche he tenido el mejor sueño de mi vida, que por supuesto ha sido con Ron. Incluso me he levantado mojado y he tenido que cambiarme el pijama y la ropa interior.

En mi sueño, las manos de Ron acariciaban todo mi cuerpo y sus besos eran tan increíbles como en la realidad. Al despertarme deseaba tenerlo a mi lado, pero no ha sido así, y después de mi salida furtiva de ayer, creo que no debería visitarlo por algún tiempo.

Dejo mi ropa hecha un ovillo en el canasto que hay en el baño, esperando que mi madre no se percate del desastre que he liado esta noche y bajo para desayunar.

Al entrar al salón me encuentro con una escena inusual: mis padres están sentados en el sofá esperándome.

Eso no puede significar nada más que una cosa: problemas.

Lo de ayer no fue una percepción mía; el maldito vecino estaba espiándome.

Al verme aparecer, mi padre se levanta.

—Hijo, tenemos algo que preguntarte.

El tono grave de su voz me hace presagiar problemas.

—El señor Anderson nos ha dicho que te ayer te vio saltando hacia el patio del nuevo vecino. ¿Es cierto?

Lo observo y su mirada escrutadora hace que me tema lo peor, ante ella no me queda más remedio que decir la verdad.

—Sí.

Mi padre asiente ante mi escueta respuesta.

—Voy a hablar con él. No quiero que vuelvas a ir a su casa nunca más. No quiero que le hables, ni que lo mires, ¿entendido?

Me quedo inmóvil ante el dedo acusador de mi padre y no sé ni qué decirle ante la rotundidad de sus palabras.

Sale para hacerle una visita a Ron y, al ver que yo voy detrás, se vuelve y me lanza la mirada más severa que le he visto en toda mi vida, paralizándome. Después sigue adelante para continuar con lo que iba a hacer y cierra la puerta, dejándome cabizbajo y lleno de dudas.

En ese momento siento una mano en el hombro. Es la de mi madre, me he centrado tanto en papá que me había olvidado de que ella estaba en el salón.

—¿Es cierto, hijo? —me pregunta con un tono que en nada se parece al de mi padre.

Asiento a sus palabras sin ganas de decir nada más.

—Ven aquí —me dice, dándome un abrazo de esos que te recargan.

—Mamá —intento hablarle, pero las palabras no me salen.

Entonces ella me hace una pregunta inesperada.

—¿Qué sientes por él?

La miro y lo que veo en sus ojos es comprensión. Ni por asomo la expresión de sus ojos es la de papá.

Por primera vez me libero y hablo con ella sobre mi condición.

—Mamá, me gustan los hombres y estoy enamorado de Ron.

Decirle lo que de verdad siento es una verdadera liberación para mí.

Ella asiente ante mis palabras y me coge las manos entre las suyas como ha hecho tantas veces.

—Cariño, lo sé desde que eras muy pequeño y nunca me ha importado. Lo único que deseo es que seas feliz, ¿lo comprendes?

Las palabras de mi madre me emocionan, y en contraste con ese sentimiento pienso en lo que ahora mismo estará sucediendo en la casa de al lado.

Ella que parece adivinar mis pensamientos vuelve a hacer una pregunta.

—¿Qué vas a hacer?

Sus palabras me desconciertan.

—¿A qué te refieres?

—Hijo, a veces la vida nos pone en una encrucijada, y es entonces cuando debemos escuchar a nuestro corazón. Desde que hemos vuelto he percibido un brillo en tu mirada que nunca antes te había visto. ¿Qué desea tu corazón?

No puedo creer lo que oigo de los labios de mi madre, y solo puedo abrazarla con fuerza. En sus ojos veo algunas lágrimas, pero su expresión es tranquila y su forma de mirarme me reconforta.

—Gracias, mamá —expreso mientras subo las escaleras y voy a preparar algo de equipaje.

Termino de organizar la poca ropa que voy a llevarme y oigo que mi padre ha vuelto y discute con mi madre. A los pocos minutos escucho un portazo y sé que se ha marchado a trabajar.

RON

Esta mañana me he despertado temprano y he decidido arreglar el jardín. Es una de esas tareas que uno deja siempre relegadas, pero una vez que consigues terminarlas, la sensación que te proporcionan es de lo más gratificante.

Suena el timbre de la puerta con insistencia. Voy a abrir un poco contrariado porque no suelo recibir visitas. Sé que no es Eric porque él suele visitarme saltando el muro del patio. Lo que no espero es encontrarme a su padre al abrir.

Su mirada airada me hace presagiar problemas.

—Buenos días.

—¿Podemos hablar? —pregunta con un tono hosco.

Le invito a pasar al interior porque lo que viene a decirme imagino que requiere un poco de más intimidad que la que nos brinda la calle.

—¿Qué desea?

Echa una mirada a la vivienda y no se anda con rodeos al responderme.

—¡Quiero que deje de ver a mi hijo!

Sabía que de alguna manera se había enterado de las incursiones de Eric a mi casa. Aunque prefiero callarme porque sé que él va a continuar adoctrinándome.

—Ni se te ocurra volver a verlo, ¿me oyes? El primer día que te vi sabía que traerías problemas.

Su mirada de odio no me intimida, es un tipo bastante más pequeño que yo y no voy a entrar en su juego provocador, así que opto por dar por terminada la conversación.

—Si no tiene nada más que decir —expreso señalándole el camino de salida.

Él me lanza una mirada reprobatoria y sale de mi propiedad murmurando.

Tomo aire y decido que no voy a darle problemas a Eric, lo mejor es que me mude de esta casa. Es lo único bueno que tiene vivir de alquiler, que puedes mudarte cuando te dé la gana.

Al subir las escaleras hacia mi dormitorio, pienso que no soportaría vivir al lado de Eric sin poder hablarle. Ante este pensamiento nefasto, entiendo que lo mejor es no causarle problemas y no intervenir en su vida aunque me duela.

Quiero a ese chico más que a nada y sería incapaz de hacer algo que lo hiciera sufrir.

Abro el armario y comienzo a sacar la poca ropa que traje al venir aquí. Suspiro al mirar la cama y recordar los momentos que Eric y yo hemos vivido juntos.

Sí, lo mejor es marcharme.

Capítulo 12

ERIC

Bajo con una mochila al hombro y mamá sigue en el mismo lugar esperándome. Noto que ha llorado, pero al verme una sonrisa ilumina su rostro.

Su abrazo me reconforta más que nada en el mundo. Tomo su cara entre mis manos y beso su frente.

—Te quiero, mamá.

—Lo sé, hijo. Prométeme que me llamarás de vez en cuando. Tan solo te pido que seas feliz; si no te va bien, aquí estaré esperándote.

Sus palabras me conmueven.

Al salir se me encoge el corazón porque no sé cuándo volveré a verla, pero una parte de mí me dice que hago lo correcto, que ya es hora de que viva mi propia vida. ¿Tú te has visto alguna vez en alguna encrucijada semejante?

Esta vez no salto el muro para ir a la casa del vecino, entro por la puerta principal sin importarme quién pueda verme.

La puerta del patio delantero se halla abierta, pero no la de la vivienda y pulso el timbre.

Espero unos segundos que se me hacen eternos, y vuelvo a pulsar el timbre ante la tardanza de Ron al abrir la puerta. ¿Se habrá marchado?

Al abrir, lo hace con cara de pocos amigos y su rostro se transforma al ver que soy yo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta desconcertado cuando repara en mi mochila.

—¿Puedo pasar?

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida.

Aún asombrado por mi presencia, asiente ante mis palabras y se aparta a un lado. Entro y me rozo con su torso, y ese familiar calambrazo recorre todo mi ser, confirmándome que mi intuición no me falla.

—¿Qué te ha dicho mi padre?

—Eric. Será mejor que me vaya, no quiero que tengas problemas por mi causa.

Al oír sus palabras, pongo mi dedo en sus labios y le ruego que guarde silencio con la mirada.

—Ron, no quiero que te vayas. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Eric.

Lo interrumpo besándolo como nunca antes, con desesperación, porque aún no sé qué va a pasar con nosotros.

Él responde a mi beso y, por primera vez, me alza en un abrazo que me transmite sin palabras que puedo confiar totalmente en él.

—Me voy contigo.

—Eric, no puedo dejar que tires por la borda tus proyectos, ¿lo comprendes?

—No voy a hacer nada de eso. Trabajaré, estudiaré, haré lo que haga falta, pero no me pidas que me separe de ti. Eso no podría soportarlo.

Por primera vez veo los ojos de Eric húmedos. Algunas lágrimas caen por sus mejillas y lo

único que puedo hacer es abrazar a este grandullón que ha conseguido llenar mi corazón por completo.

—Eric, jamás pensé que amaría a nadie como te amo a ti.

Su declaración me llena de esperanza al comprobar que él siente lo mismo que yo.

—Ron, te quiero y mi lugar está donde estés tú.

Durante el resto de la mañana le ayudo a recoger sus cosas y poco después de mediodía salimos los dos de la casa para marcharnos del lugar donde siempre he vivido.

Al subirnos al coche de Ron, lo miro a los ojos y el brillo de su mirada disipa todas mis dudas.

Comenzamos nuestro viaje hacia algún lugar que aún no hemos decidido, y no me importa lo que suceda de aquí en adelante, si él está conmigo.

Gracias por leer esta historia.

Si te ha gustado, me ayudarás a difundirla dejando una valoración en Amazon.

¿Quieres leer más novelas y relatos de romance explícito?
No te pierdas mis historias.
¡Todas son autoconclusivas, las puedes leer de forma individual o en el orden que prefieras!

El lugar adecuado

Solo para ti

Mas que compañeros